

Revista *Nuestra Causa*

Estudio Preliminar

Por Edit Rosalía Gallo

A fines del siglo XIX y principios del XX comenzó a discutirse la emancipación civil y política de la mujer. Cada una de ellas debió luchar con un modelo de exclusión sistemático que impregnó, por largo tiempo, todo un modo de entender la realidad argentina. Como respuesta, un conjunto de mujeres fue dando origen a distintas agrupaciones, nucleadas en torno a sus intereses. Los ecos de esas nuevas ideas se difundieron en nuestro país a través de publicaciones dirigidas "por mujeres y para mujeres".

De este modo, la prensa feminista significó una herramienta de fundamental provecho dentro del juego político, puesto que llegó a gravitar en la construcción y en la configuración de agrupaciones cuyo accionar marcó los destinos de la República. En efecto, a través de los diarios y revistas doctrinarios, los partidos políticos perfilaron su discurso, difundieron sus ideas, canalizaron sus inquietudes cívicas, confrontaron mediante el verbo al adversario y marcaron las diferencias con la oposición, consolidando paulatinamente, una identidad propia.

Cada publicación de naturaleza partidaria cumplió una misión bien definida. Propagó la doctrina y el sentir del núcleo político al que perteneció. Resultó ser una voz alternativa, de invalorable eficacia. También, convocó, reunió y cohesionó voluntades, en torno a un credo. Dentro mismo de la estructura partidaria, reforzó la militancia de los hombres y mujeres, proporcionando la solidez del análisis escrito; las razones que sostuvieron las causas elegidas para luchar; la profundidad en los ideales adoptados. No sólo incorporó nuevas lealtades, sino que fortaleció la pasión de los convencidos, confirmándolos en las opciones escogidas.

En efecto, dentro de esta denominada prensa política encontramos emprendimientos editoriales pertenecientes al periodismo feminista. Este tipo de publicaciones, dirigidas por mujeres, constituyeron un instrumento valioso en el activismo de género. Fue el caso de militantes

anarquistas y socialistas, cuyo pensamiento encontró terreno disponible en las ediciones de sus respectivos círculos políticos.

En ese sentido, las socialistas construyeron espacios propios, produciendo una permanente acción política que se manifestó a través de diversas publicaciones, como *Unión y Labor*, *Nuestra Causa y Vida Femenina*.

En el nuevo escenario cultural, la tendencia de las publicaciones femeninas fue virando progresivamente, en dirección a los temas sociales y políticos, superando las fronteras del planteo estético.

El relato de un suceso trascendental, la crónica de un Congreso feminista, la difusión de la campaña a favor del voto femenino, el esclarecimiento de los derechos de la mujer, constituyeron un tesoro documental custodiado por las páginas de éstos singulares voceros.

Por cierto, distribuir este singular tipo de literatura no resultó fácil. Los editores debieron recurrir a la suscripción o vender los ejemplares vociferando en alguna esquina de la ciudad. A menudo, de corta vida y de tirada limitada, generalmente, la esperanza de vida adjudicada a una revista de naturaleza política estuvo íntimamente conectada con la agrupación que, precisamente, le dio origen y razón de ser.

En suma, a partir del centenario, las publicaciones feministas fueron tribuna de la problemática de género y uno de los ámbitos privilegiados del debate público, que apuntaba a la toma de conciencia de la mujer de ocupar espacios antes vedados y conseguir los tan ansiados y necesarios derechos civiles, políticos y sociales.

Situación de la mujer a principios del siglo XX

A fines del siglo XIX la situación jurídico-política de la mujer era comparable a la de un menor de edad. Sobre este punto, el desequilibrio entre los derechos del hombre y los de la mujer se evidenció tanto en el plano civil como en el político. En efecto, ella pasaba de la tutela de su padre directamente a la de su esposo y, aun casada, dependía del consentimiento que su cónyuge le otorgara para disponer de aquellos bienes que le eran propios. Casi nada podía quebrar esta suerte de armonía preestablecida, pacto tácito que arraigó sólidamente en el suelo de nuestras costumbres.

Las agrupaciones feministas debieron luchar primero por que fueran reconocidos los derechos civiles de la mujer. Persistieron sin cejar en esta batalla hasta que por fin, recién en 1926, quedó

aprobada la reforma al Código Civil mediante la ley 11.357 que modificaba la situación de minoridad perpetua de la mujer en la normativa jurídica.

Compartiendo este particular entramado de valores, los partidos políticos nacieron inmersos en una comunidad donde prevaleció claramente la diferenciación entre el ámbito público y el privado. Tal contexto reveló además -y con fuerza- un rasgo típico de la época: la política era asunto de hombres. Aquella tradicional división de campos, más el protagonismo indiscutido de un sector recortado de la población, en la escena del poder, dieron pie a que las instituciones se definieran inadvertidamente según códigos y dinámicas de acentuado carácter masculino. A su vez, permitieron que perdurara el antiguo hábito de asignar a la mujer un sitio acotado a la vida doméstica de su hogar.

Sin embargo, aun cuando la sociedad concediera apreciable predominio al varón en las cuestiones de la vida pública, existieron indicios de que el fenómeno no era irreversible. Bastaba con mirar que, desde otras partes del mundo, el discurso feminista anclaba en el Río de la Plata y ganaba poco a poco adhesiones, que luego se tradujeron en movimientos afines a la novedosa propuesta de ideas. Ése fue, sin dudas, el comienzo de un recorrido diferente. Un puñado de mujeres inquietas, lejos de postergar la elaboración de temas que hacían a la inserción protagónica de su papel en la vida nacional, se fue organizando en agrupaciones cuya prioridad ineludible fue la de velar por los intereses de su género.

Cruzada la barrera del siglo, en 1912 se arribaba a la sanción de la Ley Sáenz Peña. Su letra establecía el voto secreto y obligatorio para un universo de ciudadanos que, curiosamente, resultó incompleto pues –pese a conservar un acento progresista- aquella normativa aún excluía de su seno el voto femenino. Falla que denunciaba sin ambages la doctora Alicia Moreau en su libro *La Mujer en la Democracia*, refiriéndose al sistema político que acababa de ponerse en vigencia:

[...] Pero desde su establecimiento, quedó sancionada una exclusión global, basada únicamente en el sexo. Las democracias al nacer, cometieron este gravísimo error: desconocieron la condición de la mujer, le negaron existencia política.

Aquellos revolucionarios constructores de democracias, enamorados de la justicia, que afirmaban con énfasis y solemnidad, en documentos inmortales, que el derecho es inherente a toda existencia humana, cometieron el más absurdo de los errores negando a la mujer los derechos ciudadanos [...]¹.

¹ Alicia Moreau; *La mujer en la democracia*. Buenos Aires, El Ateneo, 1945.

A pesar de todo, para ese momento la mujer argentina afirmaba sus pasos con modesto ritmo, por el camino que la conduciría a ocupar un lugar apropiado, tanto en las mentalidades como en las prácticas establecidas dentro del país.

Y esto se debió, en buena medida, a los pequeños círculos de avanzada femenina, verdaderos centros de discusión, que abrieron espacios antes deshabitados, ahora lentamente poblados de proyectos y objetivos a conquistar, sencillos indicios de una presencia que cobraba vida. El protagonismo -no la marginalidad- fue una responsabilidad impostergable y, a la vez, un derecho, cuyo ejercicio demandó una minoría de osadas en los albores del novecientos. Concedoras de la legitimidad que existía en el fondo de su reclamo, se habían percatado de que aún no superaban el umbral de la inercia imperante, por eso cifraban en la acción sistematizada el principio de un cambio.

Más tarde, en el transcurso de los años veinte, fueron surgiendo otras organizaciones similares a las pioneras, selladas desde su creación con el indeclinable propósito de lograr para la mujer la transformación de un status jurídico obsoleto y el reconocimiento de su competencia política. En indudable sintonía con esta cuestión fundamental, hubo también otras preocupaciones, no menos críticas, surgidas a causa de la notable irrupción que la mujer hizo en el ámbito laboral, sobre todo en los grandes centros industriales, donde el trabajo de menores y mujeres estuvo sujeto a explotación. Es así como las trabajadoras se sumaron a la lucha por el reclamo de mejoras en las condiciones laborales.

Integrando esta segunda generación de vanguardia dedicada a examinar la multiplicidad de cuestiones relativas a la problemática femenina, existieron agrupaciones como el "Partido Feminista Nacional", fundado en 1919 por la doctora Julieta Lanteri; la "Asociación Pro - Derechos de la Mujer", creada por iniciativa de la doctora Elvira Rawson de Dellepiane y la "Unión Feminista Nacional", presidida por la doctora Alicia Moreau. Entidades que, desde el llano, comenzaron a incorporar un timbre diferente al concierto de voces públicas y dieron testimonio de que en esta época, dentro de las filas femeninas existía un notable entusiasmo por la actividad política.

Aunque, fuera de ellas, también se suscitaron gestos que anunciaron alguna cuota de atención relativa al cúmulo de planteos recién formulados. Ese mismo año, 1919, sin ir más lejos, cierto publicista, llamado Miguel J. Font, confeccionó una encuesta dirigida a las personalidades más destacadas del momento, con la intención de recoger las diferentes opiniones elaboradas en torno a lo que era el feminismo en la Argentina. A continuación, pues, apoyado en los datos rastreados, el analista contemplaría la posibilidad de publicar una revista que, precisamente, resultara de utilidad

a los intereses de la mujer. El propio Font plasmó después en un libro los pormenores y las impresiones de aquella curiosa iniciativa.

En una palabra, los espacios que la mujer creó -ya alcanzaran un perimetraje cultural general o uno institucional más concreto- propiciaron el ámbito ideal para exponer, desarrollar y difundir, hacia sus iguales, la necesidad de provocar un cambio sustantivo en su situación real.

Periodismo femenino en la primera mitad del S. XX

Si bien el despunte del protagonismo femenino fue muy paulatino, casi imperceptible para la sociedad que empezaba a hacer pie en el flamante siglo, la suma de actos dirigidos a construir carriles de expresión fluida terminó por conmover los esquemas tradicionales. Esto se reflejó en diferentes registros de la vida cotidiana. Ya fuera en el dominio de la cultura, en el laboral, en el familiar, en el científico o en incontables esquinas de un territorio cuyas fronteras interiores se fueron redescubriendo como dignas de ser consideradas, respetadas y tomadas en cuenta.

Uno de los lugares más receptivos de este brote participativo fue el campo de la escritura y, especialmente, el del periodismo. Andén que, de alguna manera, presentó a la mujer visiblemente en la escena que iba más allá de lo privado.

Al finalizar el siglo XIX, la tendencia de las publicaciones femeninas fue virando, progresivamente, hacia los temas sociales y políticos. Al mismo tiempo, y como consecuencia de un cambio de mentalidad, fue decreciendo el interés por la producción meramente estética. El cultivo de las letras ya no era suficiente para las redactoras, que, estimuladas por un mismo aire intelectual, deseaban ganar la atención de sus lectoras. Con lo cual, difícilmente se conservaran atractivos aquellos interrogantes que pertenecieron a otras épocas. Ahora, la situación específica de la mujer acusaba una considerable transformación, en su condición de ciudadana, pues tenía la intención de incorporarse activamente al tejido vivo de la sociedad. Esto, precisamente se reflejó en el periodismo político de factura femenina.

Tal avance, en efecto, fue captado por las revistas dedicadas a observar la realidad con cristal atento al ya indisimulable devenir que se preparaba para conquistas más ambiciosas. Columna a columna no sólo testimoniaron los logros de la mujer sino que -en un ida y vuelta- acompañaron su marcha reflexiva, establecieron el diálogo a escala pública, generaron opinión en frecuencias diferentes y fueron delineando una imagen acorde a su compromiso con cuestiones vinculadas al poder, tanto a nivel político como social.

Entre estas coordenadas se diseñaron revistas como *La Voz de la Mujer* nacida en 1896, -vigente hasta 1897- y *Nuestra Tribuna* (1925-1927), editada por Juana Rouco Buela; ambas, de tendencia anarquista. Pero la primera, de corte rotundamente arrollador, prendida su antorcha con la fogosa triple negación: “ni Dios, ni Patrón, ni Marido”. Josefa Calvo la encabezó por el breve tramo en que se editó el número 1. Después de ella, A. Barcla tomó el timón de la gaceta y no lo abandonó sino hasta el 1º de enero de 1897. Alguna fuente asegura que aquella colección subsistió aún hasta 1901, vacilando –eso sí- entre los avatares económicos y la incertidumbre de una suscripción que era voluntaria. *La Voz de la Mujer*, en efecto, “aparecía cuando podía” y no ahorró tinta para denunciar a los propios compañeros de militancia, dividiendo, claramente, las aguas entre quienes defendían la plenitud de la condición femenina y quienes la explotaban.

El socialismo, a su vez, contó con *Nosotras*, publicación lanzada por María Abella Ramírez en 1902; *Unión y Labor* (1909-1915), pregón cuyo lema se ciñó a los afanes de un “órgano del progreso femenino y protección del niño”. Tenía como propósito “ayudar al sostenimiento de la Casa de los Niños”, objetivo que desarrolló a lo largo de sesenta y nueve fascículos, bajo la dirección de la doctora Matilde T. Flairoto y el genio creativo de Sara Justo. También abrió brecha vanguardista *Tribuna Femenina*, reducto de ideas socialistas surgido en 1915 y encabezado por la luchadora y autodidacta Carolina Muzzilli, obrera de la aguja y el dedal, oculta tras el seudónimo de Soledad Navarro. Difundió su último número en 1916. Poco después, la tuberculosis cobró la vida de Carolina. Y quizás, a su prematuro declinar físico se debiera el cierre de aquella fecunda tribuna.

Quien podía imaginar que la tradicional temática de los años veinte se viera influida con ideas tales como las que aportó la voz diferente de *Nuestra Causa*. Una revista cuyo ciclo vital de cuatro años - 1919 a 1923- dejó, sin embargo, una fuerte marca en la historia del periodismo político femenino. Por sus páginas desfiló un equipo de pensadoras adelantadas a su tiempo histórico, cuya singular estrella abordó los mil matices engarzados en la problemática de la mujer. La vanguardia argentina en esta cuestión -mujeres ligadas a la Unión Feminista Nacional- llegó a producir una publicación mensual, que fue el medio propagandístico por excelencia de los reclamos de género. *Nuestra Causa* fue, sin dudas, testigo y portavoz del cambio que se operó en el interior de algunas personalidades adelantadas a su tiempo histórico.

La sensata iniciativa de ingresar a la sociedad por la vía expresiva de la prensa permitió una gradual identificación de conceptos y proyectos con exigencias específicas del mundo femenino. Solar nutrido de valores todavía inexplorados por el grueso de la ciudadanía, pero provistos de relieve propio. El impulso no se agotó en la producción de revistas sino que se deslizó hacia la participación

en ediciones de algún diario partidario. Fue el caso de las escritoras anarquistas y socialistas, cuyo pensamiento encontró canales de expresión disponibles, en los diarios de sus respectivos círculos políticos, enriqueciendo con su aporte la edificación concreta de una prensa mixta, hasta ese momento poco o casi nada desarrollada. Estas mujeres militantes tenían mucho que ofrecer y ya se hacían respetar.

Sin embargo, la clave de su atractivo como nueva voz en el concierto de sonidos imperante, tal vez residiera en una curiosa combinación de factores básicos: la campaña que a nivel oficial promovió una expansión de la lecto-escritura en gran escala, y el buen nivel de las intelectuales que fueron irrumpiendo en escena, para defender dignamente en su entorno los derechos que deseaban sentar. Buena parte de ellas provenía del ámbito universitario. Básicamente se movían en ateneos, bibliotecas populares y centros de estudios, convertidas en activistas a fuerza de priorizar, con creciente convicción, la igualdad de oportunidades en el campo social y en el político.

En la primera mitad del siglo XX gran parte de las mujeres comenzaron a asumir un rol más importante en el debate y la difusión cultural, como generadoras de espacios propios que las tenían como protagonistas centrales.

Arribar a las acreditaciones de la prensa comercial fue, con todo, prácticamente imposible para las mujeres que -como cualquier peregrino de las letras- aspiraron a consagrarse mediante la preciada página de un matutino o de un vespertino. No sólo por conquistar un espacio acorde a sus capacidades personales, sino por manifestar, fehacientemente, las perspectivas construidas desde una geografía todavía inadvertida por el grueso de la población. La incorporación de redactoras a los grandes diarios porteños fue ciertamente tardía. Algunas, no obstante, pudieron superar las barreras de la costumbre y colaboraron en *La Protesta* y *La Vanguardia*. Aunque, en definitiva, eran diarios partidarios y distaban notablemente de los que tenían tiradas verdaderamente masivas para Buenos Aires.

Con dificultades o resistencias sostenidas -explicables, por otra parte, en un mercado decididamente configurado por lectores masculinos-, las publicaciones de neto corte femenino o matizadas, quizá, con artículos de pensadoras -ya fueran de edición encumbrada o modesta-, estuvieron regidas por un principio muy preciso de compensación: servir a la mujer como vehículo eficaz para llegar a sus pares.

Los periódicos, las revistas, en fin, las hojas de prensa, significaron un inestimable recurso para la difusión de consideraciones inherentes a la problemática del género eternamente relegado o para informar sobre la actividad de las distintas asociaciones femeninas. No había mejor modo de

empujar los muros de la indiferencia y del aislamiento que un papel multiplicado y enviado lo más lejos posible, para comunicar, por ejemplo, la proximidad de algún congreso o el dictado de alguna conferencia. ¡Cómo no involucrarse con semejante auxiliar! Siempre teniendo en claro el fondo que daba sentido a cualquier emprendimiento: predicar sobre la necesidad de conquistar los derechos civiles y obtener el sufragio.

Un rostro representativo de este microcosmos tallado en ideas y párrafos de tabloide fue el de la señorita Adelia Di Carlo. Nacida en 1886 y considerada en nuestro país como una de las precursoras del periodismo profesional. A los veinticinco años Adelia ya se encargaba de la crónica social para el vespertino *El Tiempo*. En 1911 ingresaba al diario *La Argentina* como jefa de sección. Durante veintisiete años trabajó para *Caras y Caretas*, además de colaborar en los medios gráficos más importantes de su época, como *La Razón*, *PBT*, *La Gaceta de Buenos Aires*, *Crítica*, *La Prensa*, *El Hogar* y *Estampa*.

Pero, pocos años antes que Adelia, una joven nacida en la generación del ochenta, ya se había hecho conocida en el ambiente gráfico. Era una muchacha de perfil intelectual, dedicada a la educación y a la escritura. Atraída por la veta creativa vinculada a la elaboración de cuentos. Su nombre: Ada María Elflein, primera mujer que realizó un trabajo rentado en el febril medio de las rotativas periodísticas. Pionera en el arte de dirigir la palabra a las plateas infantiles desde la plataforma de un diario. Colaboró, a partir de 1905, en *La Prensa*, brindando sus relatos para niños, domingo a domingo, en el folletín que la publicación tenía reservado para esa singular especialidad de la literatura. De vida sencilla y más bien recoleta, Ada prodigó sus días al estudio y a su columna semanal; sólo la muerte, acontecida en el año 1919, detuvo su habitual camino entre las ideas pensadas y las redactadas.

De hecho, la prensa partidaria constituye, sin duda, una invaluable fuente de investigación. Entre sus planas un historiador puede encontrar los materiales que precisa para completar la reconstrucción de una época, aportando, siempre, nueva luz a los estudiosos de nuestra génesis democrática.

Concretamente, los estudios sobre las revistas feministas ayudan a comprender el ángulo de la participación de la mujer en el ruedo de la política argentina, hacerlas visibles en su lucha sistemática para lograr el reconocimiento de los derechos cívicos y la efectiva inclusión en los espacios de poder.

Unión Feminista Nacional

La Unión Feminista Nacional fue una asociación vinculada al Partido Socialista, creada a instancias de la doctora Alicia Moreau, en el mes de abril de 1918. Con la visión característica de los pioneros, aquella mujer había intuido el inmenso valor que entrañaba la existencia de un centro, cuya virtud esencial consistiera en reunir las distintas agrupaciones feministas, dispersas sobre la amplia geografía del país. El organismo al que dio vida debía, ante todo, “ser un medio de concentración de las fuerzas feministas”. Ésa había sido la intención fundamental desde un principio, pues el objetivo de lograr la emancipación civil y política de las argentinas fue una meta que involucró poderosamente a cada una de sus integrantes.

Entre los lineamientos generales del programa que trazó para sus militantes la Unión Feminista Nacional, figuraron cinco propósitos orgánicos; así fueron anunciados:

1° Cooperar en todo lo que signifique perfeccionamiento físico, intelectual y moral de la mujer. Apoyar, en especial, toda obra que tienda a capacitarla en su acción social.

2° Trabajar por la emancipación de la mujer en la familia y en la sociedad. En consecuencia, iniciará o propiciará movimientos tendientes a modificar las leyes que traban a la mujer en su acción individual, colocándola en situación inferior al hombre.

3° Cooperar en toda la obra que contribuya a facilitar y mejorar el trabajo femenino. Por lo tanto, se preocupará de la reglamentación del trabajo en la industria y el comercio y de la elevación de los salarios femeninos, basándose en el principio: a igual trabajo, igual remuneración.

4° Tender a centralizar los esfuerzos hechos a favor de la emancipación femenina, propiciando la organización de una federación de centros.

5° Propender a la formación de comités en el interior de la República, que respondan a los mismos fines. Mantendrá, con tal motivo, relaciones con las asociaciones extranjeras de igual índole.²

La actividad desarrollada por la institución fue consecuencia directa de un plan orientado a ensanchar los cauces sociales y participativos por los que fluía la vida de la mujer. Aquella Unión había pensado, especialmente, en equiparar la situación legal vigente entre ambos sexos. Por eso, la estrategia empleada en el singular desafío se extendió a los partidos políticos y apuntó a sus plataformas, con la intención de que en ellas se contemplara el reconocimiento de los derechos cívicos de la mujer y su inclusión en espacios de poder.

² *Nuestra Causa* N° 1. Buenos Aires, 10 de mayo de 1919, p. 14.

Dispuesta a lograr aquel revolucionario cometido, la agrupación realizó una fuerte campaña, que, incluso, proyectó montar -para marzo de 1920- un simulacro de votación en las veinte circunscripciones que por entonces conformaban la ciudad de Buenos Aires. Su lema fue “No habrá verdadera democracia mientras la “mujer” no tenga derechos políticos y civiles en condiciones iguales al hombre.”³

Ese mismo año del ensayo comicial, la Unión Feminista Nacional se embarcó en la gestión de una solicitud, cuya redacción, finalmente, fue presentada ante el Congreso de la Nación. Aquella iniciativa reclamaba no sólo que se le respetara a la mujer el derecho de ser elegida para integrar el Concejo Deliberante porteño, sino también el de poder desempeñarse como electora, en iguales condiciones que el varón.

Pero, en rigor, el espíritu de la movediza asociación apuntó más allá del interés político, pues impulsada por una profunda preocupación social, tenía clara conciencia de que la entrada al mundo del poder le permitiría participar activamente en la misión de lograr mejoras para la ciudadanía femenina.

Ante la pregunta “¿para qué quieren las mujeres el derecho de voto?”, la Unión Feminista Nacional, considerando la evidencia de situaciones que denigraban a la mujer, contestaba: “Para luchar más eficazmente contra el analfabetismo, el alcoholismo, la prostitución y el vicio. Para contribuir activamente al mejoramiento social. Para apoyar eficazmente sus reivindicaciones y conseguir su emancipación económica y social.”⁴

El interrogante mismo había sido promovido por la agrupación, para inducir a la reflexión.

En verdad, era mucho lo que debía hacerse y muchos también los caminos que se fueron eligiendo para dar con el objetivo. De ahí, la infinidad de conferencias científicas, eventos, debates, festivales cinematográficos, obras de teatro y cuantas salidas pedagógicas fueran necesarias para incentivar el desarrollo de la vida cultural, social y política de la mujer.

La Unión Feminista Nacional, fijó su sede en el local de la calle Sarmiento 1376, de la Capital Federal. Allí funcionó como verdadero motor de arranque, el plantel central, encabezado por su presidenta, la doctora Alicia Moreau, dirigente perteneciente al partido socialista, cuya trayectoria en estos menesteres ya acumulaba la organización de varias instituciones, entre las que se encontró, por ejemplo, el “Comité Pro Sufragio Femenino”. Secundaron a la conductora dos secretarías, una

³ *Nuestra Causa* N° 10, 10 de febrero de 1920, p. 232.

⁴ *Nuestra Causa* N° 10, p. 233.

de ellas fue propagandista de mérito, Julia García Games, y su compañera, Ángela Costa. En la tesorería, por otra parte, trabajó la señora Elisa B. Bachofen, una ingeniera civil que tuvo el noble brillo de resultar la primera graduada latinoamericana en esta disciplina. Como vocales, se desempeñaron Adela García Salaberry, Consuelo G. de García, Clotilde Rossi, Josefina L. de Mantecón y la señora B. W. de Gerchunoff, que, a veces, ocupaba la presidencia interina. Durante el período 1923-1924 funcionó en la calle Alsina 2540 de la ciudad de Buenos Aires⁵.

Revista Nuestra Causa

La Unión Feminista Nacional fue una institución que, por su propia naturaleza, siempre desbordó de actividad. Sin embargo, la batería de iniciativas generada por sus integrantes requirió de resortes inteligentes para difundir la energía de sus afirmaciones, la inquietud de sus dudas o la riqueza de sus pensamientos.

La comunicación fue, ciertamente, una acción casi refleja que, además de favorecer la madurez del grupo, permitió que ejerciera una progresiva influencia sobre alguna parte de la sociedad. En esta particular dinámica quedó inscripta la necesidad de propagar eficientemente interesantes razones de un universo que comenzaba a abrirse ante miradas exclusivamente femeninas. A partir de ahí, con toda lógica, se hizo imprescindible la transmisión de aquellas conclusiones a las que se fue arribando, a medida que aumentaba la prolija consideración de los más variados temas. Por otra parte, ante la creciente variedad de ideas, era precisa la unificación de criterios, porque, a decir verdad, una fecunda diversidad de opiniones reinaba en el seno de la agrupación, y esta peculiaridad fue cobrando consistencia gracias a la continua afluencia de nuevas perspectivas agregadas a las ya descubiertas.

Nació, entonces, un órgano que, ya desde su nombre, expresó el sentir del Movimiento Feminista Nacional: *Nuestra Causa*. Elocuente combinación de términos movilizadores, ingeniosamente colocados como título de una publicación mensual que apareció en Buenos Aires el 10 de mayo de 1919 y circuló, ininterrumpidamente, hasta julio y agosto de 1923. Al menos, ése fue el momento en que salió el número 49 y 50, último rastreable en la nutrida lista de archivos hemerográficos consultados.

Se trató de una revista política por excelencia, que incursionó, además, en el ámbito de la sociología, la literatura, el arte e, incluso, la educación. Esta abundancia de enfoques permitió que resultara una excelente pieza informativa -muchos aseguraban- “única en su género en la América

⁵ *Nuestra Causa* N° 49 y 50, julio y agosto de 1923.

del Sud”, porque mantuvo actualizada a la mujer acerca de los temas que le interesaban, entre ellos, las luchas por los derechos civiles y políticos que se estaban librando aquí y en diversas partes del mundo.

En la composición de cada ejemplar confluyeron importantes mujeres representantes e intérpretes de su tiempo. Casi todas provenían del campo universitario y, generalmente, tuvieron una militancia dentro del Partido Socialista, que fue desprendimiento natural de su compromiso político. Muchas de ellas habían participado del “Primer Congreso Femenino Internacional” propiciado por la Asociación Universitarias Argentinas en 1910. Contaban también, con una considerable experiencia en la edición de revistas, a raíz de haber recorrido un extenso tramo por los senderos de la escritura, el periodismo y la oratoria; áreas del lenguaje que tallaron con mayor perfección su temperamento crítico.

Colaboraron, pues, en *Nuestra Causa* destacadas personalidades, algunas forjadas en las disciplinas científicas -como las doctoras Alicia Moreau de Justo, Cecilia Grierson o Elvira Rawson de Dellepiane-, otras afines al mundo de la métrica -como las poetisas Alfonsina Storni y Blanca C. Hume-. Heterogéneo conjunto de pensadoras que poco tardaron en volverse verdaderas “leaders” del movimiento feminista.

La primera época de la revista -extendida desde la fundación hasta la entrega del N° 11, correspondiente a marzo de 1920-, fue dirigida por la doctora Petrona Eyle, una estudiosa, cuyo perfil profesional se había resuelto en cuatro grandes pasiones: la educación, la medicina, la militancia en el feminismo, y la lucha contra la prostitución, a través de la “Liga contra la trata de blancas”. Con el tiempo, sin dejar de servir en las filas feministas, aquella mujer debió abandonar la conducción de *Nuestra Causa*, por razones de naturaleza ajena al plano de la función que venía desarrollando. La sucedió, entonces, la señorita Adela García Salaberry, que hasta el corte señalado se había desempeñado como jefa de redacción. Su actuación resultó más acotada aún, en cuanto al tiempo que permaneció en el cargo, pues, también, por motivos de índole personal, debió presentar la renuncia. En ese mismo momento se distribuía el fascículo N° 13 de *Nuestra Causa*, fechado en mayo de 1920. La composición íntegra de los números que le sucedieron fue responsabilidad no ya de una presidencia ejercida individualmente sino colegiadamente.

En efecto, la minuciosa tarea de continuar con la redacción se apoyó sobre “un núcleo de feministas intelectuales, compuesto por Lola S. de Bourguet, Adelia Di Carlo, María Teresa de Basaldúa, la señora Berta W. de Gerchunoff, Julia García Games, Miss Udney y la ingeniera Elisa

Bachofen. Descollantes figuras del feminismo argentino y de gran prestigio en el periodismo.”⁶ Por cierto, todas ellas militaban en instituciones que reivindicaban los derechos de la mujer; básicamente, provenían de la Unión Feminista Nacional, pero eran, además, talentosas cronistas y en *Nuestra Causa* conjugaron ambos antecedentes, poco comunes en su tiempo. Por otra parte, desde la secretaría, el señor A. Dobrenky sumó esfuerzos al plantel creativo y, en números posteriores, la sección de arte incorporó a la señorita Emma Day.

Sin embargo, precisamente a partir del N° 24, del mes de junio de 1921, la revista volvió a funcionar bajo la dirección de una sola cabeza, la señorita Julia García Games. Escritora nacida en Buenos Aires el 6 de julio de 1899. Interesada en la defensa de los derechos de la mujer y la política, formó parte de la Unión Feminista Nacional. Desde muy joven se abocó a la literatura, publicando numerosas obras. Como periodista, colaboró con diversos diarios, como *La Razón*, *La Nación*, *El Diario*, de Montevideo, y revistas: *El Hogar* y *Fray Mocho*. A este cambio sobrevino una renovación de la comisión redactora, cuyas integrantes -Dra. Alicia Moreau, Berta W. de Gerchunoff, Adela García Salaberry, Elisa Bachofen y Alfonsina Storni- trabajaron junto a la directora de aquella publicación, pionera en materia de despertar conciencias femeninas.

Al cabo de un año de gestión, la dirección de la revista fue conducida por la poetisa, prolífica escritora, docente, presidenta del Ateneo Femenino de Buenos Aires y redactora de la revista *El Hogar*: Lola S. B. de Bourguet; es el ejemplar N° 36, 37 y 38 de junio, julio y agosto de 1922. Finalizando el ciclo vital de *Nuestra Causa*, -los últimos dos ejemplares, N° 48 de junio de 1923 y N° 49 y 50 de julio y agosto de 1923- cambia nuevamente la conducción por la periodista Ada Strozzi.

Pero, más allá de los vaivenes individuales, lo concreto fue que iniciar y mantener la tirada periódica de cada número exigió un gran esfuerzo a este grupo de mujeres, cuyo empuje, venciendo prejuicios, llevó a cabo un notable proyecto editorial. Desde la primera letra hasta la última, el secreto de todo desvelo consistió, sencillamente, en cultivar la conciencia femenina; en alertar con estrategias sobre la conquista de prerrogativas coherentes, el derecho a participar de la cultura, a ejercer profesiones, a practicar oficios, a sentir que una persona podía ser valorada por la propia condición femenina, debía ser reconocido sin más postergaciones. Y la revista estuvo al servicio de este ideal.

Con profunda vocación, un calificado elenco de escritoras elaboró la defensa de ideas, todavía poco trabajadas en la mentalidad típica del siglo que se inauguraba. Ablandando la apatía, aquellas redactoras introdujeron en la opinión pública una constelación de proyectos e iniciativas que, mes

⁶ *Nuestra Causa* N°13, 10 de mayo de 1920, p. 19.

a mes, descubrieron, fortificaron y moldearon con categorías comprensibles para todos sus lectores. También, reivindicaron las figuras de quienes habían sido precursoras en esta suerte de renacer más exigente, algunas fallecidas, como la joven pensadora y pedagoga Raquel Camaña, promotora de la escuela mixta y de la educación sexual en las currículas escolares, quien en 1907 había presentado su tesis “La cuestión sexual”, cuyo retrato dominó la portada del primer fascículo; o la escritora salteña Juana Manuela Gorriti, magnífica dueña de una prosa que sacudió la conciencia feminista y conquistó voluntades dispuestas a ahondar en el rumbo fijado.

Con todo, aquel equipo de mujeres intelectuales procuró que la composición de *Nuestra Causa* no acabara en un estéril monopolio de autoras exclusivas, sino que incorporara -como efectivamente lo hizo- figuras masculinas de prestigio, cuando los temas desarrollados hicieran al interés femenino. Este temperamento integrador atrajo una apreciable cantidad de colaboradores que aportaron su bagaje y experiencia personales, como el doctor Rogelio Araya, hombre de la Unión Cívica Radical, diputado nacional por la provincia de Santa Fe y autor del primer proyecto de ley sobre sufragio femenino, presentado ante la Cámara de Diputados de la Nación, en el año 1919. A su vez, en homenaje al doctor Enrique del Valle Iberlucea, se confeccionó un número extraordinario que evocó, a través de sus páginas, la benéfica trayectoria de aquel senador nacional, “feminista esforzado y brillante, político culto, parlamentario y legislador de relieve, artífice del notable proyecto sobre Emancipación civil de la mujer”⁷, fallecido en Buenos Aires el 30 de agosto de 1921, a los cuarenta y tres años.

La configuración global de la revista contó con una sección destacable por su originalidad y apertura, que recibió el título de “Nuestras Instituciones”. Dentro de ella, con pluralidad de ideas, participaron agrupaciones políticas de distintas tendencias. Y -gracias a las columnas de este concurrido apartado- como resultado final, se logró poner en circulación una publicación de notable utilidad para la difusión de actividades relacionadas con las más variadas instituciones feministas, y que tuvo especial eficacia en la promoción de vínculos y solidaridades comunes.

Además de la temática político-social, se abordaron otras problemáticas, no menos interesantes. Para atravesarlas a gusto y con soltura, se reservaron espacios dedicados a un estudio detallado de infinidad de aspectos que requerían un nuevo cribaje. Así, sucedió, por ejemplo, en lo tocante a la legislación del trabajo o, incluso, en lo relativo a cuestiones de estricto relieve femenino, desde el análisis de una disyuntiva que -a principios de siglo- cobró protagonismo bajo la fórmula de “el matrimonio o la carrera” hasta la revisión de preconceptos ligados a la educación sexual.

⁷ *Nuestra Causa* N° 27, septiembre de 1921.

Completaban *Nuestra Causa* secciones referidas al teatro, a conciertos, exposiciones y acontecimientos artísticos en general, incluida la estimulante gama de propuestas venidas del rincón literario y las últimas novedades bibliográficas. Infaltables fueron, por otra parte, las notas internacionales y el reporte de los congresos feministas que se realizaban en el exterior con la participación especial de algunas enviadas o invitadas prominentes, entre las que se encontraban las colaboradoras de la revista. De este modo, figura, entre otros, una crónica del Segundo Congreso Internacional de Obreras, inaugurado en octubre de 1921 en Ginebra; el Primer Congreso Feminista en Roma realizado en 1923; Congreso Panamericano de Mujeres que tuvo lugar en Baltimore. Asimismo la doctora Alicia Moreau fue invitada a formar parte de la Liga Internacional de Mujeres para la paz y la libertad, en Ginebra, Suiza.

Corresponsales

A medida que la revista se afianzó como un medio periodístico bien diferenciado a nivel local, se extendieron las corresponsalías en el exterior. *Nuestra Causa* contó con enviadas que cubrieron la mayoría de los países latinoamericanos: Uruguay, Paraguay, Perú, Brasil, Colombia, Ecuador, Puerto Rico y México. Aquellas embajadoras del papel, hábiles transmisoras del pensamiento rioplatense también intercambiaron información con asociaciones feministas de Estados Unidos, España, Portugal, Francia, Italia, Inglaterra, Suiza, Serbia y hasta Japón.

Una de ellas fue la doctora Paulina Luisi, cuya preparación intelectual, sumada a una chispa poco común, hicieron de ella una especialista conocedora del sentir que bullía en otros círculos más lejanos al porteño, en tierra latinoamericana o, incluso, europea, donde su figura no pasó desapercibida, sino que aportó un brillo intenso a las discusiones políticas. Fue ella la primera mujer que en el Uruguay se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras, y en 1908 se recibió de doctora en Medicina y Cirugía. Infatigable constructora de avenidas amplias en los temas femeninos, Paulina echó anclas en las costas uruguayas y obró la unión de ideas y de inquietudes, a través de su mejor oficio, la palabra escrita, que enviaba habitualmente hacia la casa de *Nuestra Causa*, en Buenos Aires. Perteneciente a una familia de intelectuales y pioneras en la causa feminista, su hermana Clotilde Luisi fue también la primera mujer en obtener un título universitario en la Facultad de Derecho, además de fundadora y primera decano de la Universidad de la Mujer, creada en 1912 en el Uruguay.

Otra de las corresponsales fue Sofía de Ferrari Rojas, oriunda de Santiago de Chile, quien publicó entre 1920 y 1921 el periódico nacional femenino *Evolución*, cuyo objetivo era “contribuir al progreso de las mujeres e instarlas en la lucha por la obtención de los derechos civiles, culturales y sociales”. Decía en su editorial “es de las mujeres y para las mujeres”. “La ciencia, las letras, las artes, la educación y la acción social, son los temas de que se ocupará este periódico”.

Nuestra Causa eligió a Ramona Ferreira como su corresponsal en Paraguay. Periodista, feminista y librepensadora paraguaya, fundadora de la *Voz del Siglo* entre los años 1902 y 1906; en sus páginas expresó su pensamiento anticlerical y radical. Tenía vinculación con la masonería, dado que contó con su apoyo financiero. Bregaba a favor del divorcio absoluto. Particularmente, solía moverse sobre los andariveles del trabajo duro y muchas veces olvidado. Precisamente, ese pueblo encontró en Ramona una musa inspiradora de actitudes liberadoras, justas y verdaderas. Con un oído bien abierto al dolor de los apremios obreros, la escritora guaraní hizo frente a quienes oprimieron a sus paisanas, incluidos los niños. Debido a sus críticas a la Iglesia, que realizaba desde la *Voz del Siglo*, al poco tiempo de aparecer tuvo dos atentados en el taller donde se imprimía el periódico, hasta que finalmente fue clausurado. Luego del segundo ataque, a la *Voz del Siglo*, en 1904, Ramona Ferreira se exilió en Buenos Aires y no se volvió a tener noticias sobre su activismo en Paraguay. También, colaboró como representante de *Nuestra Causa* en el exterior la doctora Serafina Dávalos, corresponsal en Asunción, quien fue la primera mujer en graduarse de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Asunción en 1907. Asimismo participó como delegada oficial en el Primer Congreso Femenino Internacional realizado en Argentina, en mayo de 1910⁸.

También el Perú se aproximó un poco más al fogón feminista encendido por *Nuestra Causa*, a pesar de hallarse a miles de kilómetros de sus impresoras. El secreto de la afortunada cercanía tuvo el nombre de otra gran corresponsal, la “popular e insigne escritora peruana” Dora Mayer. Una virtuosa de las artes literarias, movida a puro desprendimiento en favor de la causa indígena. Tras el bosquejo de los problemas y esperanzas arrinconados en miles de compañeras silenciosas, el impecable castellano de esta autora lograba honrar como se merecía la causa del género, llevando y trayendo noticias solidarias por la valiosa corriente de la revista en la que colaboró.

Más al norte, casi donde se diluye la mirada en el mapa del continente, no se perdió, sin embargo, el interés por compartir vivencias y aprendizajes con ciudadanas centroamericanas. *Nuestra Causa*

⁸ Gabriela Schwartzman; “Pensamiento político de las mujeres en el Paraguay. Un breve recorrido histórico desde la colonia hasta el período liberal”, en *Más que Gloriosas. Una historia de las mujeres en el Paraguay*. Editorial Tiempo de Historia. 2024, p. 202-206.

se internó en el pueblo femenino de México y averiguó, generosa, cuáles eran sus alternativas, posibilidades y limitaciones, para participar de un mismo lenguaje, aun en la diversidad geográfica. Aquí, el enlace comunicador fue hilado por la perseverancia de una joven profesora, resuelta en cronista y familiarizada con la belleza poética de Amado Nervo, su nombre era Hermila Galindo. Con justa rapidez “había conquistado prestigio y apoyo en el seno de la sociedad” mexicana, un poco sola, por estar en puro germen el proceso feminista. Había, pues, en ese país, una pluma de oro, al tope de una inteligencia prodigiosa sostenida por firmes principios. Según la escritora Rosa María Vallés Ruiz, Hermila Galindo Acosta (1886-1954) fue la feminista más relevante de la Revolución Mexicana, fundadora de la revista feminista *Mujer Moderna* (1915-1919) y autora de la petición ante el Constituyente de 1917 del sufragio femenino, además de primera candidata a diputada federal en México⁹.

Una española salvó la inmensidad del océano Atlántico para *Nuestra Causa*, con sólo apartar, para las argentinas, las anécdotas y los meollos de la experiencia desgranada por sus compatriotas. Concepción Hernández de Roca fue una marca finamente registrada en el mundo intelectual español, imperdible recoveco europeo desde el que se miró con franca simpatía el desperezamiento de la causa feminista latinoamericana, a través de sus comentarios periodísticos, especialmente de los que supo redactar para varios diarios de Aragón, con elegancia literaria y audacia movilizadora.

Del viejo continente emergió el intrépido I. Gorelik, embarcado hacia Nueva York y provisto de una infrecuente cuota de fraternidad, enderezada a colaborar con la marcha de *Nuestra Causa* mediante un cuidadoso informe, enviado periódicamente a la revista, anunciando las peculiaridades de la situación de la mujer en los Estados Unidos. Aquel caballero llegó, incluso, a gestionar la participación de una feminista estadounidense, aclamada en aquellos ruedos y esperada por las lectoras de estas latitudes meridionales, la señora Carrie Chapman Catt. Gracias al joven Gorelik, fue posible seguir de cerca la campaña en favor de la mujer.

De la frontera argentina para adentro, en fin, brilló un espíritu de alto vuelo literario, la señorita Adela García Salaberry, una luchadora de *Nuestra Causa*, corresponsal en la ciudad de La Plata que empinó sus talentos, con gracia y desinterés personal, para difundir, sin medida, las razones de la emancipación femenina.

Como radares de ondas finas, decenas de corresponsales franquearon barreras espaciales, idiomáticas y culturales, trayendo y llevando con ellas no sólo noticias sobre la situación de la mujer en centros europeos y americanos importantes, sino, también, simples mensajes que informaron

⁹ Rosa María Vallés Ruiz; *Hermila Galindo. Sol de Libertad*. México, 1915, 307 págs.

sobre los lugares insólitos del planeta. Desde los primeros números, *Nuestra Causa* promovió la organización, información y difusión de los Congresos Feministas que se realizaron en distintas partes del mundo, sus debates y conclusiones; en muchos de ellos participaban las integrantes de la Unión Feminista Nacional, otros eran cubiertos por las corresponsales del lugar.

Financiamiento

Desde el punto de vista financiero, la empresa editorial, en su conjunto, básicamente, se sostuvo con el dinero proveniente de los suscriptores y con los anuncios publicitarios de profesionales que -por ese medio- ofrecían sus servicios a los lectores. Muchos de estos avisos pertenecieron a colaboradoras que, con frecuencia, participaron en la elaboración de algún artículo, abogadas, médicas, odontólogas, etcétera.

Más allá de las dos fuentes de ingresos señaladas, se contó con otros recursos. De ellos dependió, en buena medida, el equilibrio económico necesario para garantizar la continuidad del proyecto. A este renglón perteneció, entonces, la creación de un espacio destinado a publicidades, sitio que, además -considerado en retrospectiva-, reflejó, sin proponérselo, las costumbres populares de toda una época. El grueso de los mensajes allí reunidos promocionaban los más variados productos, por ejemplo, el “agua y la crema Tholdber, para tener un cutis fino y delicado”; los cereales malteados, “que conservaban a los niños fuertes y sanos”; la malta Palermo; cierto aceite de castor aromatizado “Esculapio”, o los servicios de academias de canto y declamación. La lista de anuncios incluía marcas de jabones, casas de cambio, boutiques de plumas para adornos y estudios para consultoría legal.

Características de la Revista

Lo primero que pudieron notar las lectoras de *Nuestra Causa* fue la sobriedad y el esmero de la impresión que caracterizó a la revista.

Por lo demás, la presentación gráfica estaba resuelta, básicamente, con criterios de austeridad y sencillez; cualidades que obraron como auténtico sello distintivo de la edición.

Desde el número inaugural, y a lo largo de casi toda la publicación, se eligió diseñar la tapa de cada entrega con la fotografía de alguna mujer reconocida por su trayectoria. La imagen siempre estaba definida en blanco y negro. El retrato exhibido en la portada recibía su correspondiente nota biográfica, desarrollada en las páginas interiores, de modo tal que la personalidad en cuestión resultaba honrada con una atractiva instantánea inicial, que luego se ampliaba mediante la redacción sentida de sus logros y luchas personales. Sólo se discontinuó este enfoque visual en

algunos fascículos que, prescindiendo de la protagonista acostumbrada, transformaron su cubierta reproduciendo en ella el índice completo del ejemplar de turno.

La diagramación de *Nuestra Causa* se ajustaba muy bien a los cánones de cualquier edición periódica de calidad, con un adecuado criterio en la distribución del material desarrollado en cada edición. Por lo general, las páginas estaban armadas a dos columnas y el papel que se utilizaba era del tipo papel de diario. Muy ilustrativas eran las viñetas de crítica social, donde se mostraba las desigualdades a que las mujeres se veían sometidas.

Del texto escrito solía saltarse al delineado de siluetas y rostros, que se agrupaban en sectores dedicados a evocar fotográficamente a representantes de instituciones feministas. Semblantes de mujeres que llevaban una actuación destacada en la lucha por los derechos civiles y políticos. Gracias al impacto visual, se hacía mucho más probable retenerlos en el recuerdo de la opinión pública, proclive a desestimar largas prédicas.

Interesante, por la variedad de observaciones, ágil por su ensamble y ritmo interior, de fácil lectura por sus aspectos técnicos y por la cualidad didáctica de sus articulistas, de profundidad en el análisis de las materias expuestas, *Nuestra Causa* aparecía, en forma regular, el 10 de cada mes. Cada ejemplar –que medía 26,5 centímetros por 17,5- contaba con un promedio de 23 páginas, rematadas por un sector especialmente dedicado a la difusión de avisos clasificados, mayormente de profesionales.

Tanto la dirección como la administración de *Nuestra Causa* estuvieron ubicadas en la ciudad de Buenos Aires, en la calle Victoria 1387 para luego trasladarse a partir del N° 10 a la calle Sarmiento 1376. A mediados de 1922, se mudaron al barrio de Balvanera, en Alsina 2540. Las condiciones de suscripción implicaban, para la Argentina, un costo anual de \$m/n 4. Estaba contemplada la posibilidad de una inscripción semestral, con lo cual el monto de la cuota sugerida se reducía a la mitad. La revista también se enviaba al exterior, alternativa que, en realidad, no encarecía mucho el precio de origen. Cada ejemplar podía bien ser adquirido, en los kioscos de los centros urbanos, a 0.30 centavos, o en la administración, de donde partía todo el trabajo de organización.

No han podido hallarse datos referentes al número de ejemplares que integró cada tirada.

Conclusión

La revista *Nuestra Causa* conserva entre sus páginas el clima de toda una época, nos referimos a la segunda década del siglo XX. Se especializó, como dijimos, en cuestiones que, extrañas todavía al

sentir de la opinión general, pasaron a ser consideradas como dignas de mayor análisis, discusión y compromiso político.

Concebida, entonces, según parámetros bien definidos y prácticamente “a contrapelo” del estilo reflexivo que la rodeaba, *Nuestra Causa* fue, sin dudas, testigo y portavoz de la situación en que se encontraba la mujer, todavía sin derechos civiles y políticos. Reflejó lo que se vislumbraba en aquellos años: la lucha por el acceso de la mujer a los espacios públicos, como protagonista activa dentro del escenario social y político. Pero no sólo tomó nota de lo que acontecía en ese lapso de despertares en que se llevaron a cabo las primeras actividades importantes para la emancipación femenina, sino que contribuyó al movimiento iniciado bajo el signo de nuevas interlocutoras, ya convencidas de participar en la actividad política. Uno de los objetivos fue establecer vínculos con sus pares en el interior del país y en el extranjero.

En la redacción de la revista confluyeron notables personalidades, -provenientes de variadas profesiones-, adelantadas a su tiempo histórico.

Nuestra Causa fue una especie de recinto hirviente, constituido, en su mayoría, por mujeres pertenecientes al Partido Socialista. Políticas y escritoras que debieron luchar, no obstante, como pioneras, por hacer pie en dimensiones desconocidas, como fueron la defensa de los derechos sociales, jurídicos y políticos de sus pares; muchas veces, abandonadas a vestir una vida diseñada con medidas ajenas a su verdadera magnitud.

Por eso, *Nuestra Causa* estuvo poblada de pensadoras, gente que caminó los estadios típicos de las precursoras, porque tuvo que proveer matices de significado nuevos al lenguaje que hasta ese momento imperaba y porque se vio urgida a obrar en consonancia con su discurso, quebrando códigos establecidos por la costumbre. Mujeres comprometidas que supieron ganar un espacio en las universidades y hasta en los partidos políticos, cuando las estructuras señalaban para ellas sólo las periferias y el rincón del silencio. En fin, la revista contó con colaboradoras que supieron permanecer en la retina atenta de sus lectoras, cada vez más numerosas.

El grupo de mujeres que comandó *Nuestra Causa* no perdió de vista en ningún momento su objetivo primordial, promover la realización de una estimulante campaña proselitista a favor del voto femenino y difundir las actividades impulsadas por la Unión Feminista Nacional.

Bibliografía

- Auza, Néstor Tomás; *Periodismo y Feminismo en la Argentina. 1830-1930*. Buenos Aires, Emecé, 1988, 318 págs.
- Barrancos, Dora; *Inclusión/exclusión*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, 159 págs.
- ; "La lectura por asalto. El ingreso en los medios, las letras y la publicidad", en *Cultura y Nación*. *Clarín*, sábado 28 de diciembre de 2002, pág. 3.
- Cosentino, José Armagno; *Carolina Muzilli*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1984, 110 págs.
- Eujanian, Alejandro C.; *Historia de las Revistas Argentinas. 1900/1950. La conquista del público*. Buenos Aires. Asociación Argentina de Editores de Revistas, 1999, 181 págs.
- Font, Miguel J.; *La Mujer. Encuesta Feminista Argentina*. Buenos Aires, 1921, 268 págs.
- Gallo, Edit Rosalía; *Periodismo político femenino. Ensayo sobre las revistas feministas en la primera mitad del siglo XX*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, 2013, 92 págs.
- ; *Nuestra Causa. Revista mensual feminista, 1919-1921. Estudio e índice general*. Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Cruz del Sur, 2004, 148 págs.
- ; "Nuestra Causa, una revista feminista (1919-1921)", en *Todo es Historia N°452*, marzo de 2005, pág.45-52.
- García Costa, Víctor; *El periodismo político*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972, 107 págs. Historia Popular.
- Henault, Mirta; *Alicia Moreau. Biografía*. Buenos Aires, CEDAL, 1983, 154 págs. Biblioteca Política Argentina.
- Masiello, Francine. Compiladora; *La mujer y el espacio público. El periodismo femenino en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires, Feminaria editora, 1994, 248 págs.
- Moreau, Alicia; *La Mujer en la Democracia*. Buenos Aires, El Ateneo, 1945, 287 págs.
- Sosa de Newton, Lily; *Diccionario Biográfico de Mujeres Argentinas*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1986, 716 págs.
- Sosa de Newton, Lily; *Cien años de periodismo en Historia de las Mujeres en la Argentina*. Buenos Aires, Taurus, 2000, págs. 170-187.
- Revista *Nuestra Causa* 1919-1923.
- La Vanguardia* 1919-1921.

Archivos

Biblioteca y Archivo Histórico UCR.

Biblioteca Obrera "Juan B. Justo".

Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas. CeDInCI.